



Portadas de la *Revista de la Universidad de México* [entonces *Universidad. Mensual de Cultura Popular*], bajo la dirección de Miguel N. Lira.

Ciento veinte años de Miguel N. Lira

KAREN ÁLVAREZ VILLEDA

Tlaxcala celebra con orgullo el ciento veinte aniversario del natalicio de Miguel N. Lira, uno de los creadores más universales y queridos de nuestra tierra. Poeta, narrador, dramaturgo, editor y promotor cultural, Miguel N. Lira supo unir la palabra con la acción: fue sembrador de libros, impulsor de juventudes y constructor de instituciones que marcaron el rumbo de la cultura mexicana. Publicar este *dossier* en la *Revista de la Universidad de México*—espacio que dirigió— significa honrar su legado y dialogar con las generaciones presentes, quienes hoy pueden reconocerlo no sólo como una figura histórica, sino también como un autor vital y cercano.



Este homenaje reúne textos representativos de la obra de Miguel N. Lira y los entrelaza con miradas contemporáneas de artistas plásticas, mostrando así cómo su obra sigue convocando imágenes y resonancias, además de hacer comunidad. Leerlo es reencontrar a un hombre generoso que escribió pensando en su pueblo y en su tiempo, convencido de que la literatura es un patrimonio compartido.

Gracias a la *Revista de la Universidad de México* por esta publicación para conmemorar a Miguel N. Lira y compartir con México y el mundo la permanencia de su palabra.

Palabras a los pájaros

Y les digo a los pájaros:
 estos niños con hambre vestidos de miseria,
 con los ojos y labios de neblina y desierto
 ¿cómo duermen su sueño?
 ¿qué imágenes de nubes
 o cielos y paisajes
 asoman en las noches de su frío interminable?
 La soledad anida en sus dedos de cera,
 les recorre la piel con palidez de sombras
 abriendo las ventanas de los poros
 para que pase el viento
 con su escarcha de tisis y agudos alfileres,
 hasta la dulce sangre de las venas
 que se azoran y se vuelven amarillas
 igual que los canarios, temerosos
 de la mano solícita que cuida
 del agua y del alpiste.

Son niños para el llanto,
 niños de la tristeza olvidados del gozo
 niños sin luz tranquila.

Miran cómo los niños cuando se ponen serios
 debajo de los árboles
 a esperar la presencia de las tórtolas.
 Hablan con voz de ausencia como de muchos
 años,
 como si las palabras que inventan y se dicen
 no fueran suyas y sólo las dijeran
 los niños que amanecen con las blusas
 planchadas.

Oyen como gacelas en los bosques de otoño
 que escuchan hasta el roce y las briznas
 sobre el aire y el césped.

¡Ellos son los humildes!
 Los que arrojó la tierra por caminos de
 angustia
 con sellos de tortura,
 con dolores de niño que adivina
 la muerte del hermano menor
 y el receso del juego.
 Nadie les dio caricias. Nadie el beso ni alguien
 la sonrisa,
 porque nunca supieron del recreo
 feliz de los halagos curvados en la cuna

o en los brazos de pluma de la madre
 que se perdió en las sombras de donde nace
 el día.

Y sus quejas se ahogan en el cielo de estrellas
 que no les da luceros
 ni el velo de una nube
 para guardar sus sueños.
 ¡Son niños del misterio!
 Niños de la honda pena
 y del silencio espeso.

Su dolor es de llaga o muslo cercenado
 Fresco de sangre incontinida.

Viven sólo en la noche y mueren con el alba
 porque la luz no alumbra su destino
 ni el sol los glorifica como a los niños ricos
 que se cuidan del aire,
 que son dueños de un nombre,
 de una corbata de colores
 y de un libro de cuentos.
 Y ellos van a los cines,
 retozan en los parques
 y consumen refrescos de soda
 sin que nadie detenga sus pasos
 con el golpe o el insulto que lastima la carne.

¿Por qué llora ese niño de labios como lirio?
 ¿Por qué llora ese niño?

Oigo su voz aquí, junto a mi sangre,
 en mis ojos y manos.
 Oigo su corazón sobre mi frente
 como llanto y gemido,
 y quisiera cubrirlo con mis brazos contra el
 miedo y el frío,
 para que alguna vez, siquiera,
 se pensara en la cuna de su infancia
 y olvidara la maldad de los hombres
 que lo volvieron su andrajo,
 un niño triste y pobre.



Ilustraciones de Ana Rosa Díaz Ahuactzi, 2025.

LA HORMIGUITA QUE SE QUEBRÓ SU PATITA

Había una vez una hormiguita que salió a dar un paseo por el campo. Como era tiempo de invierno y hacía mucho frío, la hormiguita se puso su abrigo, su bufanda, su vestido de lana, sus medias de lana y un gorrito que la resguardaba del viento.

El campo estaba cubierto de nieve. No obstante, la hormiguita salió a dar un paseo. Iba muy contenta a pesar de que hacía mucho, muchísimo frío. Sin fijarse por dónde caminaba, ¡zas!, tropezó y se quebró una patita. El pedacito de pierna cayó entre la nieve, y la hormiguita, por más esfuerzos que hizo, no pudo romper el hielo que poco a poco fue cubriendo su patita, y se quedó sin ella. Entonces se puso a llorar y oyó una vozecita que le decía:

—Ve a ver al Sol para que te ayude.

La hormiguita se secó las lágrimas y cojita, cojita, fue caminando hasta donde vivía el Señor Sol. A medida que se iba acercando a la casa del Señor Sol, iba sintiendo más y más calor, tanto que tuvo que quitarse el abrigo, la bufanda y el gorrito.

Cuando llegó frente al Sol, le dijo:

—Sol que derrites al hielo, el hielo quebró mi patita.

—Yo no te puedo ayudar —le contestó el Sol—, ve a ver a la Nube que me tapa.

La hormiguita se encaminó entonces a la casa de la Señora Nube; cuando llegó ante ella, le dijo:

—Nube que tapas al Sol, Sol que derrites al hielo, el hielo quebró mi patita.

—Yo no te puedo ayudar —dijo la Nube—, ve a ver al Viento que me deshace.

Entonces la hormiguita fue hasta donde vivía el Viento. Cuando llegó frente a él, le dijo:

—Viento que deshaces a la Nube, Nube que tapas al Sol, Sol que derrites al hielo, el hielo quebró mi patita.

—Yo no te puedo ayudar, hormiguita —dijo el Viento—, ve a ver a la Montaña que me detiene.

Ya la pobre hormiguita no podía caminar, pero haciendo un esfuerzo, llegó hasta donde estaba la montaña. Era tan alta que la hormiguita apenas le veía los ojos. Así es que le tuvo que gritar, para que la montaña pudiera oírla:

—Montaña que detienes al Viento, Viento que deshaces a la Nube, Nube que tapas al Sol, Sol que derrites al hielo, el hielo quebró mi patita.

—Yo te voy a ayudar —le contestó la Montaña.

Entonces la montaña hizo un gran esfuerzo y dejó un hueco por donde podía pasar el Viento. El Viento, que lo vio, pasó soplando muy fuerte y la Nube que estaba tapando al Sol se deshizo. El Sol empezó a brillar, mandó a muchos rayitos para que derritieran el pedazo de hielo en donde estaba la pata de la hormiguita. Y cuando se hubo convertido en un charco de agua, la hormiguita sacó su patita, se la pegó con un poco de lodo y de puro gusto se puso a bailar.



Ilustraciones de
Daniela Bonilla
Morales, 2025.

Corrido de amor a Tapachula

¡Cómo no te conocí,
Tapachula, de soltero!
¡Cómo hubiera yo querido
quererte como te quiero!

Tú eres de tierra caliente
y yo soy de clima frío:
¡imagina, Tapachula,
qué amor el tuyo y el mío!

De haberte hallado a mi paso
tan linda como hoy te veo,
te hubiera raptado a lomo
del potro de mi deseo.

Entre mis brazos, tu cuerpo
de selva y de mar en bruma
me dejarían su calor
y su frescura de espuma.

Tus labios me entregarían
su pulpa y sabor frutales:
una mitad cacaoteros
y otra mitad cafetales.

En tus ojos hallaría
albas estrellas y luna
y yo las iría besando
de rodillas de una en una.

Tus muslos se me darían
igual que trinos y plumas;
dulces como vino de uva,
tiernos como hilos de espumas.

¡Qué pena ver en mis sienes
la nieve de mis octubres
y no haberte descubierto
si no es que tú te descubres!

Te apareciste a mis ojos,
Tapachula, como llama,
como un tulipán de fuego,
como un flamboyán en la rama.

Mis ojos cuando te vieron
se expusieron a cegar:
¡cuánta selva y cuánto cielo
les entregó tu mirar!

La luz nacía entre tus dedos
para teñir a la aurora.
Tapachula ¿dónde estabas
que te conocí hasta ahora?

Por bonita se me antoja
llevarte a la tierra mía
no importa que me persiga
a tiros la policía.

¡Qué más da que el río Coatán
quiera atajarme la huida,
si al cabo te he de llevar
con mi vida confundida!

¡Qué importa que el Tacaná
ruja con violencia fiera,
si en Tlaxcala tú has de estar
conmigo de compañera!

Te subiré a mis montañas,
te pasaré por mi río:
¡Ay Tapachula de mi alma,
qué amor el tuyo y el mío!

Mas si la muerte nos niega
vida y tregua a nuestro amor,
¡recuerda el frío de mi tierra
y envuélveme en tu calor!

Acción de Gracias

Gracias te doy, Señor, porque dejaste
que este año del 60 lo viviera
entre espasmos de asfixia, y no volviera
al limo con el cual me modelaste.

Gracias te doy, Señor, porque llenaste
mis bronquios de una pena duradera
al mudarlos de erial a sementera
donde creció el dolor que en mí sembraste.

Gracias también, Señor, porque te siento
cuando me falta el aire, y ya muriendo
me devuelves la vida con tu aliento.

La vida y muerte así no las comprendo
pues si quiero vivir, muero al momento,
y con sólo morir, ya estoy viviendo.

